

formales del mueble y del interior, y, por otro, de profundizar en la evolución del espacio doméstico en relación con su contexto.

En el último capítulo, Sonia Ríos Moyano se refiere a los tipos de muebles y cualidades que han sido determinantes en la configuración de la vivienda y sus distintas estancias durante el siglo XX, así como a la coexistencia de tradición y modernidad, herencia y tecnología. Los arquitectos y diseñadores han ofrecido soluciones para las necesidades contemporáneas en cocinas, baños, salones y dormitorios, destacando la versatilidad del mobiliario modular y la estandarización de materiales como la madera, el acero y el plástico. También profundiza en la preocupación por organizar y optimizar el espacio doméstico mediante creativas soluciones de almacenaje. Además, nos hace partícipes de cómo el avance tecnológico ha transformado el uso de ciertos espacios y la integración de la tecnología en todas las dependencias del hogar.

En definitiva, esta publicación constituye una obra con un gran aporte científico y sus textos muestran que la vivienda es un ente vivo que, por su naturaleza social y cultural, experimenta un constante cambio y evolución. La casa va adaptándose a muy diversos factores culturales que influyen en los nuevos usos del espacio doméstico.

MÓNICA VÁZQUEZ ASTORGA
Universidad de Zaragoza

VELA, M., *La jota, aragonesa y liberal: Zaragoza, Madrid y París*, Zaragoza, Pregunta Ediciones, 2024, 246 pp., ISBN: 978-84-19766-37-3.

La jota reverdece en el camino de la consecución de la condición de Bien Inmaterial de UNESCO con nuevas incorporaciones bibliográficas, que tratan el papel del género allende nuestras fronteras, como es el caso de *Breve historia de la jota aragonesa del ballet* de Gonzalo Preciado-Aranza (2023) o los libros que preceden al que ahora nos ocupa, *La jota aragonesa y cosmopolita, de San Petersburgo a Nueva York* (2022) y *Jotas cosmopolitas de Aragón: de Florencio Lahoz a Pauline Viardot-García* (2023). En este contexto, *La jota, aragonesa y liberal: Zaragoza, Madrid y París* (2024) nos lleva hasta el fascinante mundo de la era de la cultura cosmopolita en pronunciamientos y revoluciones que se desencadenaban en pro del establecimiento de una incipiente democracia liberal. Se narran así diversos acontecimientos históricos entre España y Francia, la Cincomarzada (5-III-1838) en el marco de la Primera guerra carlista (1833-1839), el inicio del reinado de Isabel II y su enlace con Francisco de Asís, la caída de Napoleón III y la huida de Eugenia de Montijo, el advenimiento de Alfonso XII, la crisis en Cuba durante 1895 o el inicio de la Primera Guerra Mundial, en que la jota aragonesa tuvo un papel relevante, fundamentalmente, en apoyo de los regímenes constitucionales.

Todo comienza con la llegada a Madrid de Sebastián Iradier desde Álava y Florencio Lahoz desde Zaragoza y sus respectivas *Jota de las avellanas* y *Nueva*

jota aragonesa, ambas de 1840, justo en el fin de la regencia de María Cristina y en el inicio de la de Espartero.

En un Madrid de mayoría liberal, como la Zaragoza que había repelido el ataque carlista, germinaban las instituciones liberales, dispuestas a defender el futuro reinado de la soberana infantil. Se instituía el Liceo Artístico y Literario, al que pertenecerían tanto Lahoz como Iradier, protegido por la reina gobernadora y artífice de la mayor dinamización cultural de la época con la llegada sucesiva a España de los más importantes artistas de la época, Giambattista Rubini (1841), Pauline Viardot-García (1842) y Franz Liszt (1844):

El Liceo debe ser y será la verdadera escuela donde se fomenten el arte y buen gusto de la música; donde nuestras notabilidades filarmónicas vayan a conquistar aplausos, donde unas disposiciones felices sean alegadas y fortalecidas. El Liceo, por último, está destinado a ser el centro desde el cual salgan como resucitadas las Bellas Artes a manifestar a la Europa ilustrada que a la par que en nuestros campos se prodiga, desgraciadamente, a torrentes la sangre española por la causa de la libertad, en nuestras academias florecen los talentos bajo la influencia de la misma libertad que con la lucha sostenemos.

Por otro lado, figuraba el Real Conservatorio de Música y Declamación, llamado de María Cristina, cuyo profesorado, en buena parte, exiliado durante la Década ominosa, estaba comprometido con los valores libertarios. Este era el caso de Ramón Carnicer, compositor y director del centro, o Pedro Albéniz, eminente pianista formado en París, y también del propio Iradier, profesor de Solfeo para el canto junto a su antiguo maestro, Baltasar Saldoni. Fue allí donde ingresó como alumno Florencio Lahoz en el otoño de 1840, mientras su *Nueva Jota aragonesa* triunfaba por todos los salones de la corte. De hecho, el 10 de mayo de 1842, poco después de la llegada de Pauline Viardot-García a Madrid, invitada por el Liceo, *La Iberia musical* anunciaba un gran concierto donde el pianista aragonés se presentaba en sociedad con una obra basada en el canto liberal por excelencia: «tenemos entendido que el Conservatorio Nacional de Música dará muy en breve el concierto que indicamos en nuestro periódico. El segundo acto de la Cleonice, del Sr. Saldoni, las brillantes variaciones de piano sobre el Himno de Riego del Sr. Albéniz, tocadas por el Sr. Lahoz, y otras variaciones de violín parecen ser las piezas que se están ensayando con dicho objeto».

Porque, en intersección con la canción española, la ópera italiana también se habría de revelar como un género comprometido con la libertad y, de hecho, la propia Viardot-García intercalaba música española en la lección de canto de *Il barbiere di Siviglia*, momento para el que Iradier le compondría una obra famosa mundialmente, *La calesera*. Desde París, *Guillaume Tell* de Rossini, *La muette de Portici* de Auber o *I puritani* de Bellini apoyarían diversas causas liberales, pero sin duda sería *Le prophète* de Meyerbeer la ópera revolucionaria por excelencia, estrenada por la menor de los García, una vez depuesta la monarquía burguesa en Francia: «¡Ah! Seremos republicanos *incluso* cuando sea necesario morir de fatiga, de miseria, o en un combate. Ésta es la idea, el sueño de toda mi vida realizado», escribía George Sand a la diva el 17 de marzo de 1848.

Por su parte, Iradier, autor de la celeberrima *Paloma*, había emigrado a París en 1850. Bajo la protección de la nueva emperatriz, la condesa de Montijo, a quien conociese en Madrid, descolló como compositor de jotas, incluso, en obras publicadas mucho antes de su establecimiento en Francia:

el célebre compositor don Sebastián Iradier ha tenido la honra de ser recibido en audiencia particular por la emperatriz Eugenia y por el emperador de los franceses, que le hicieron una acogida sumamente benévola. La antigua condesa de Teba, en particular, que ha sido discípula del señor Iradier, manifestó el mayor empeño en que le oyese cantar su augusto esposo las canciones nacionales en que tanto descuella el aplaudido compositor y, en efecto, al oír dos o tres rebosando sal, originales, del mismo señor Iradier, no pudo menos Luis Napoleón de dirigirle los elogios más lisonjeros. Al día siguiente remitió la emperatriz a su maestro de música un magnífico alfiler de brillantes como una débil muestra de lo grato que les había sido a ella y a su augusto esposo escuchar los aires nacionales de España, interpretados con el donaire que caracteriza al señor Iradier, haciéndole una especialidad en este género.

En 1857, un exitoso volumen de canciones se editaría en Londres y Berlín bajo el nombre de *L'Écho d'Espagne...*, con dos jotas de éxito, *Juanita* y *La jota de los toreros*. También por entonces publicaría Iradier la *Jota de los estudiantes*, título homónimo a la versión de Pauline Viardot-García, con una visión del clero más amable que en los tiempos de la guerra carlista: A la jota viva/la zaragozana/que viva el jaleo/también la sotana. Después de la revolución en España y la caída del Segundo Imperio en Francia, la restauración borbónica obraría el milagro de unir liberalismo y catolicismo en la figura de Alfonso XII, junto a otros emblemas de unidad nacional como la jota aragonesa: «¿Liberal y católico? ¡Pero si el Papa ha dicho que el liberalismo es pecado! Como no sea que el príncipe Alfonso haya descubierto el secreto para introducir el alma de Pío IX en el cuerpo de Espartero...», exclamaría Galdós en *Cánovas* (1912). Buena muestra de la importancia de la jota aragonesa como emblema de la monarquía se hallaría en los cánticos ofrecidos a la real pareja el día del enlace, el 23 de enero de 1878, en la plaza de Palacio y en el salón del Prado: «De Zaragoza venimos/con el corazón alegre/a gozar de la ventura/de nuestros amados reyes».

Finaliza el libro en ciernes de la Primera Guerra Mundial, con dos jotas parisinas, la *Jota de Pablo* de Sarasate y la *Jota aragonesa* de las *Siete canciones populares españolas* de Falla, y los prolegómenos de la contienda en París, pero también con algunos acontecimientos previos acerca de la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza (1908), en conmemoración de los Sitios, que habría de visitar también el rey Alfonso XIII y, por descontado, el «rey» del violín, con dos conciertos (18 y 23 de mayo), ya casi en vísperas de su muerte pocos meses después: «Viva eternamente Zaragoza, gloriosa ciudad del más ardiente heroísmo; la más sublime música del mundo resultaría pequeña comparada a la altura de tu fama. Te saluda con profundo respeto y con apasionada admiración tu humilde servidor, Pablo Sarasate».

Y con la versión universalista de Manuel de Falla y su llamado «esperanto musical», que explicaba tan espinosa cuestión a su discípulo Adolfo Salazar des-

de Granada, en 1923, termina el libro de Marta Vela, un denso trazado sobre la historia cultural decimonónica enfocada hacia la presencia de la jota aragonesa como adalid de la libertad en tiempos de lucha contra el absolutismo, tanto en España como en Francia: «Querido Adolfo: el esperanto musical, el arte que llaman universal, es precisamente el representado por la *Dolores*, salvo sus números *zarzuelísticos*, este preconizado por los germanizantes y por los editores mercachifles italianos». De este modo, el pensamiento ilustrado que dio origen a la democracia quedó plasmado en la era de la cultura cosmopolita, en que jota aragonesa y ópera italiana se constituyeron en aliado del ideario liberal, de San Petersburgo a Nueva York, con la participación de los tres personajes del libro Florencio Lahoz, Sebastián Iradier y Pauline Viardot-García.

CARMELO ARTIAGA

Presidente de la Academia de las Artes del folclore y de la jota de Aragón

LENAGHAN, P., ALMARCHA, E. y PIÑAR, J. (eds.) y BALSEIRO, M.^a L. (trad.), *Charles Clifford. Una peripecia fotográfica por España. A photographic scramble through Spain*, Cuenca, The Hispanic Museum & Library, Ediciones Universidad de Granada y Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2024, 348 pp., ISBN: 978-84-9044-670-6 (Universidad de Castilla-La Mancha); ISBN: 978-84-338-7367-5 (Universidad de Granada).

A lo largo de los cuatro meses que median entre noviembre de 1861 y febrero de 1862, A. Marion & Company, con sede en Londres, en el número 152 de Regent Street, llevó a cabo la publicación de la obra del fotógrafo Charles Clifford (1819-1863) titulada, *A Photographic Scramble through Spain*, con el patrocinio de Sus Majestades la Reina de Inglaterra, los Reyes de España, el Emperador y la Emperatriz de los Franceses, el Emperador de Rusia, S. A. R. el Duque de Montpensier, etc. El autor de este pequeño —pero encantador— libro, del que apenas nos han llegado ejemplares, dedica casi dos terceras partes del mismo, de sus 48 páginas, a comentar —mediante un delicado y preciso texto, cuya prosa alcanza en ciertas ocasiones cotas de gran calidad— los monumentos de España que ha fotografiado y las experiencias vividas en sus viajes por tierras hispanas, incluyendo a partir de la página 30 un listado de 171 fotografías, en realidad, de 171 obras maestras, que es como ya han sido calificadas y como creemos que deben serlo.

Concebido por Clifford, quizá, como prospecto para la venta de sus álbumes de fotografías, pudiéndose ser utilizado por el comprador, quizá, incluso como guía, lo cierto es que el fotógrafo, establecido en Madrid a mediados del siglo XIX, con *Una peripecia fotográfica por España* acababa de pergeñar —su prematura muerte le impidió confeccionar un solo ejemplar de su proyecto— como acertadamente apunta Patrick Lenaghan, el primer fotolibro de España, del que no existía hasta este libro una publicación moderna. En realidad, se trata de una